

# PERDÓN ENVENENADO. LECTURA RICŒURIANA DE “LA VENGANZA DEL PERDÓN” DE ERIC-EMMANUEL SCHMITT

*Poisoned Forgiveness. a Ricœurian  
Reading of “The Revenge of Forgiveness”  
by Eric-Emmanuel Schmitt*

Manuel Alejandro Prada Londoño (UFPI)<sup>1</sup>

**RESUMEN:** A partir del relato de Eric-Emmanuel Schmitt titulado “La venganza del perdón”, el artículo plantea algunas problemáticas de la experiencia del perdón. En primer lugar, a modo de breve introducción, expone la idea de Ricœur según la cual la literatura es un laboratorio que: (a) sirve de propedéutica de la ética, (b) permite ensayar el juicio moral y (c) somete la identidad narrativa a variaciones imaginativas. Enseguida, expone el cuento de Schmitt siguiendo dos itinerarios: el de los personajes, Élise y Sam, y el de sus encuentros. Una vez hecho esto, plantea una serie de consideraciones sobre el perdón que el cuento analizado da para pensar.

**Palabras clave:** perdón; venganza; don; Paul Ricœur.

**ABSTRACT:** Based on Eric-Emmanuel Schmitt’s story entitled “The Revenge of Forgiveness,” the article discusses some issues regarding the experience of forgiveness. First, by way of a brief introduction, it sets out Ricœur’s idea that literature is a laboratory that: (a) serves as a propaedeutic to ethics, (b) allows moral judgment to be tested, and (c) subjects narrative identity

---

<sup>1</sup> Doctor en Filosofía Contemporánea y Estudios Clásicos, Universidad de Barcelona. Profesor extranjero invitado Programa de Posgrados en Filosofía, Universidad Federal de Piauí, Teresina, Brasil. mpradalon@gmail.com.

to imaginative variations. It then discusses Schmitt's story along two itineraries: that of the characters, Élise and Sam, and that of the encounters between them. Once this is done, he raises a series of considerations about forgiveness that the story analyzed gives us to think about.

**Keywords:** forgiveness; revenge; literature; Paul Ricœur.

## INTRODUCCIÓN

El objetivo del presente texto es presentar algunas problemáticas de la experiencia del perdón presentes en el cuento de Eric-Emmanuel Schmitt titulado “La venganza del perdón” (2019), a la luz de la propuesta filosófica de Paul Ricœur, especialmente en *La memoria, la historia, el olvido* (2003). Para iniciar la reflexión, conviene señalar, en primer lugar, que un texto literario es un universo de sentido que propicia diversas interpretaciones desde marcos teóricos muy variados. En consecuencia, ningún referente teórico agota el sentido del texto, ni sus posibilidades expresivas, ni las aperturas a mundos posibles. Un referente teórico opera, más bien, como un lente para ver ciertas cosas, resaltar ciertos armónicos del texto, incluso para dejar que el texto literario alumbré la teoría, le proponga preguntas, la fuerce a hallar sus propias aporías.

Mención aparte merece la propuesta de Ricœur según la cual la literatura es un *laboratorio* para ensayar “estimaciones, evaluaciones, juicios de aprobación y de condena” de acciones y personajes, por lo cual, dice el francés, “la narratividad sirve de propedéutica a la ética” (1990, p. 139). Asimismo, la literatura es un laboratorio del juicio moral (p. 167), que opera “en el *reino del bien y del mal*”, de lo encomiable y lo criticable, pero que también pone en cuestión los criterios que asumimos como correctos o convenientes para juzgar una acción. Por último, sostiene Ricœur que la literatura es un laboratorio para someter la propia identidad narrativa a diversas variaciones imaginativas (p. 176).

Miremos los tres modos en los que se mienta el laboratorio que es la literatura: un filósofo(a) se mueve en el reino del concepto, de la teoría, aunque en su exposición pueda valerse de distintos géneros literarios (diálogos, cartas, aforismos, confesiones, entre otros). Quien se dedica a la filosofía no le exigirá a la literatura rigor o coherencia conceptual, ni algún tipo de sistematicidad en el desarrollo de los problemas, ni le exigirá argumentaciones o conclusiones; pero sí puede servirse de la literatura para pensar problemas éticos, políticos, educativos, sociales, etc. Asimismo, quien trabaja en filosofía puede situarse ante el texto y ver un conjunto de acciones, cambios de fortuna, decisiones o motivaciones de los personajes mediante los cuales aprende las peripecias mismas de juzgar moralmente en situación, y recuerda que en el mundo de la vida —como suele repetir Ricœur— las cosas no son blancas o negras, sino que se nos presentan en una tonalidad de grises (2001, p. 74). En el caso del perdón, se sabe que éste es *difícil*, aporético, incluso hiperbólico, no exento de peligros, como, por ejemplo, ser funcional a la injusticia o a la impunidad, o ser inauténtico (JANKÉLÉVITCH, 2019), una mera ceremonia, a veces de moda, pero que está de espaldas al mal cometido (PRADA LONDOÑO & RUIZ SILVA, 2021), a las víctimas o al compromiso de no repetición. En este cuento en particular, veremos que puede haber una gran simulación en el don del perdón que llega envenenado a su destinatario. Por último, en el “lugar de trabajo” [otra forma de decir “laboratorio”] que es la literatura nos confrontamos como lectores, interrogamos nuestra identidad, ponemos en cuestión los valores con los que nos identificamos, los modos como creemos que actuaríamos en determinada situación según ese quién que hemos tejido a lo largo de nuestra vida. ¿Qué haría yo, cómo me sentiría, qué decisiones tomaría si fuera Élise? ¿Y si yo fuera Sam? ¿Y cómo este ejercicio de ponerme en el lugar de esos personajes de ficción se revierte en la forma en la cual me constituyo como sujeto capaz de acción y juicio moral?

## ITINERARIOS EN “LA VENGANZA DEL PERDÓN”

El cuento de Schmitt narra dos itinerarios entrelazados: el primero, el de las transformaciones de los protagonistas: Sam Louis, conocido como “el monstruo de Montparnasse”, que paga cadena perpetua por violar y asesinar al menos a quince mujeres en París. Una de esas mujeres, la tercera víctima, es la hija de Élise Maurinier, la otra protagonista de la historia, una traductora que ha estado visitando en la cárcel al verdugo de su hija, primero en París, después en Ensisheim, Alsacia. El segundo itinerario es el de los encuentros entre ambos personajes ocurridos en el segundo lugar de reclusión, que culmina en el “perdón” que le concede Élise a Sam [luego sabremos que no es propiamente perdón], y que adquiere sentido en la escena final en la que Élise explicita sus intenciones<sup>2</sup>.

En el primer itinerario, seguimos a Sam, que el narrador nos presenta como alguien con exceso de barbarie y de “talento” para no ser descubierto (SCHMITT, 2019, p. 173) y que “había confesado sus quince asesinatos sin una explicación ni sombra de remordimiento” (p. 173). Los encuentros con Élise le permiten a él mismo, a su interlocutora y a nosotros con ella configurar una trama en la que aparece una persona que ha sufrido rechazos, maltratos y violencias que ayudan a comprender, no el mal cometido —que siempre es del orden de lo incomprensible—, sino la biografía detrás del asesino y luego al sujeto que reconoce el mal cometido,

---

<sup>2</sup> Excluyo del análisis un tercer itinerario: el del encuentro entre un gato callejero y Élise. Primero hay merodeo del felino, rechazos de Élise, jugueteos entre dos seres esquivos y sigilosos, declaraciones taxativas de que NO existen posibilidades mínimas de que el gato sea acogido en casa de Élise; días después, Élise halla relaciones entre rasgos de los ojos del gato y los ojos de su hija, pero también una comparación indeseada entre el tigre que dice ser San y los movimientos del indeseado felino callejero. Sin embargo, la protagonista se ve impelida a llevarlo a una clínica veterinaria cuando lo encuentra malherido. Lo que es para Élise apenas un acto que había que hacer, el personal de la veterinaria lo interpreta como un gesto de amor y preocupación digno de elogio. Por último, el gato, que no quiere comer y se ha echado a morir, recupera sus fuerzas y su deseo de vivir tan solo al oír la voz de la que ha sido su salvadora y que pasará a volverse dueña. Al final, vemos a Élise con su gato en una canasta, en un taxi de vuelta a París.

“se ha hecho humano” el día que fue perdonado (p. 224) y emprende el ejercicio de “expresar compasión y arrepentimiento” (p. 223) a cada una de las familias de sus víctimas.

Por otra parte, Élise se presenta como una mujer que “nadaba en una piscina de insensibilidad y ya no sentía entusiasmo hacia nadie” (p. 169), que “odiaba a todo el mundo desde aquel fatídico jueves en el que la policía le había comunicado la muerte de Laure” y para quien, “sin el odio, se estaría pudriendo en su tumba” (p. 183). Esa misma Élise no tiene claro desde el comienzo del relato lo que espera de las visitas a Sam, pero sabe que en algún momento va a hallar en ellas una curación (p. 169). Dicha curación parece darse en el momento en el que Élise pronuncia las palabras más conmovedoras de reconocimiento y acogida para Sam, así como un vibrante discurso sobre el perdón concedido; en realidad, no sabemos qué tipo de cura es, ni siquiera si realmente hay cura de lo que, para nosotros, lectores, serían males, tales como la insensibilidad y la falta de entusiasmo (p. 169); esa especie de compulsión de repetición que implica revivir la violencia sufrida con su hija cuando la nombra (p. 170); el deseo de morir de pena (p. 180); o la apatía y el aislamiento, incluso de sus propias emociones, al punto de no haber podido llorar (p. 189).

Veamos ahora el segundo itinerario. Todos los encuentros narrados en el texto que nos ocupa acontecen con una dinámica tensa, en la que cada uno lucha por el control del curso de la conversación y, a su vez, por desestabilizar al otro (en Sam pareciera ser algo más espontáneo, mientras que es más calculado en Élise). También los encuentros, especialmente el último, muestran el camino que va de la incertidumbre al reconocimiento, de éste al perdón y del perdón a la explicitación de la venganza.

El primero acontece dos semanas después de que Élise se traslada a Ensisheim. Es el encuentro de empalme entre las visitas en París y las que siguen y van a cerrar el proceso; es el de las preguntas, seguramente pronunciadas antes: ¿quién es Sam y qué sentimientos lo mueven ahora y lo movieron a violar y asesinar a quince mujeres? —interroga Élise—; ¿qué sentido tienen las visitas de esta mujer? —increpa Sam—. La primera

pregunta la va contestando Sam a medida en que se siente en confianza, en que siente que no va a ser juzgado; no obstante, a Élise parece interesarle la respuesta como un recurso aprovechable para el cometido que se hará claro más adelante. Por su parte, Sam entenderá las razones de las visitas de Élise con la perplejidad que puede experimentar alguien que recibe un don que sobre pasa todos los límites de lo esperado, de lo probable. Mientras tanto, Élise da una pista de cómo se van a dar las cosas, pero no de cuál es el sentido de su visita: va a usar el poder de las palabras, que ella conoce bien porque es traductora de oficio. En este primer encuentro-combate, el narrador identifica una ganadora al ver a Sam Louis “esa tarde, perdiendo de repente el control, los nervios, llamando a la puerta para escapar de Élise, como un niño en peligro” (p. 177).

En el segundo encuentro, sucedido luego de tres semanas en las que Louis rechazó las visitas, se comienzan a desplegar las estrategias de Élise para acercarse a Sam y fraguar su cometido o, mejor sería decir, esclarecerlo y darle contorno. La primera de ellas se anuncia con una pregunta: “¿Me concedes el derecho de interesarme por ti, Sam?” (p. 184), acompañada rápidamente de dos premisas que se pueden enunciar así: “nadie más se ha interesado genuinamente por ti” y “tienes el derecho a rechazar mi solicitud”. Casi sin tiempo para declinar la “oferta”, Sam reconoce que siempre se ha sentido despreciado, “privado de dignidad” (p. 186).

Esta declaración da pie para que Élise enuncie la problemática tesis central del reconocimiento de Sam como persona digna de estima, respeto y perdón: “Te convenciste de que eras un monstruo” (p. 187) y por eso no te quieres; entonces, “no eras tú quien mataba, era el otro, el que dio la razón a la señora Vartala [su “madre” en un hogar de paso]. No tú, sino el monstruo que ella y tú inventaron” (p. 188). Sam pierde el control al no entender lo que le está planteando su interlocutora, y decide lanzar una pregunta incisiva para llevarse, esta vez él, la victoria: “¿Cuál era tu hija?”, que recuerda su manera de confesar sus crímenes refiriéndose a sus víctimas con números. “Laure” —responde la mamá—; Sam repite el nombre y remata: “Qué curioso... nunca había pronunciado su nombre”

(p. 188). Élise vocifera el nombre de su hija y Sam prosigue con su victoria: “Te pregunté cuál... ¿Qué número?”. “La tercera” —responde Élise—. “Ni me acuerdo” (p. 188)— termina Sam el diálogo, dando media vuelta y desapareciendo tras la puerta.

Esta vez fue ella quien esperó un mes para la siguiente visita. La conversación comienza distendida, hasta que Élise vuelve a preguntarle a Sam si acepta que ella se interese en él. La respuesta de Sam pretende descolocar a Élise: “¿Te excito? No estoy nada mal, ¿verdad?”. Élise parece seguir el juego: “No, no estás mal. No necesitas obligar a las chicas a acosarse contigo amenazándolas con un cuchillo” (p. 196). “Tú exigías que ellas cediesen, no que se diesen. Yo, si me deseases, tal vez me dejase tentar, pero eso no te gustaría” (p. 197). Extraño erotismo que logra descontrolar a Élise, pero que aprovecha para completar la estrategia iniciada previamente: “Soy una madre, Sam” (p. 197). Se entiende, por el contexto, que lo que quiere decir es: “Me intereso por ti con el interés de una madre”, esto es, como “alguien que no rechaza. Alguien que acoge. Alguien que ama. Alguien que no juzga. Alguien que perdona” (p. 198). Primera mención del perdón que Sam replica diciendo: “hay actos que no se perdonan”; su interlocutora lo contradice, pero añade, como para aclararse a sí misma y a su contertulio qué es lo que, supuestamente, pretende con estas visitas: “antes de perdonar, hay que entender. Yo no he entendido tus actos”.

Aquí llega el segundo intento de descolocación contra Élise que no se sabe bien si es deliberado o espontáneo: “Que me entiendas no te devolverá a tu hija” (p. 198). Élise estalla en cólera: “Sé de sobra que un canalla como tú no va a devolvérmela” (p. 199), hasta que logra tomar el control para preguntarle al verdugo de su hija si sentía remordimiento o arrepentimiento, ya que en el juicio no mostró ninguno de esos signos de humanidad. “No sé si quiero ser humano” (p. 199), me considero más bien un tigre. Parece que Sam ha adoptado y adaptado el discurso sobre el monstruo y lo ha transformado en el reconocimiento de que es un animal y sus acciones responden a esa naturaleza de cazador agazapado, solitario y orgulloso. Es la primera vez que vemos a Sam narrándose, aceptando

tácitamente que alguien se interesa por su relato. La mesa está servida para la estocada final de este encuentro, esta vez propinada por Élise: en medio de la narración de Sam, se para de su silla y se va, diciendo: “¡Qué lejos estás de tu modelo, Sam Louis! [...] Un tigre nunca hubiera venido al locutorio. Tú sí. Adiós” (p. 201). ¿Burla, acaso? ¿Señalamiento, en positivo, de que Sam no es para nada un animal? En todo caso, Sam quedó realmente desconcertado.

Los dos encuentros siguientes son como una especie de provocación, un calculado mantener insatisfecho el deseo de Sam de narrarse; acaso también es una tregua de Élise para aclarar sus ideas y definir el curso de su estrategia. En el cuarto encuentro, Sam —dice el narrador— estaba desconcertado, tenía rabia, mientras Élise solo guardó silencio durante una hora. A la semana siguiente, Sam quería hablar y le propone a su visitante un *quid pro quo*: “Tú quieres entender por qué hice lo que hice. A mí me gustaría entender por qué haces lo que haces. ¿Llegaremos ahí?” (p. 207). Segundo impulso narrativo de Sam, esta vez a propósito del desprecio de las mujeres, para él pieza clave de su historia; segundo rechazo de Élise —esta vez se quedó solo cinco minutos—, que promete volver y estar “como una verdadera madre” (p. 208).

El sexto encuentro es decisivo. Sam retoma el relato sobre los rechazos de las mujeres, primero de su madre biológica, luego de la señora Vartala, por último, de otras mujeres. Al final, se convence de que él es “una mierda que había cagado [su madre] al borde de un camino” (p. 214); pero también construye una trama en la que no hay responsabilidad por lo cometido: primero, son las hormonas en el fervor de su adolescencia; después, es su incapacidad para entender esos rituales sociales de flirtear y salir, en los que se fraguan el deseo y consenso, que él considera puras “mariconadas” (p. 215); por último, es su condición de tigre al que la sociedad misma ha encerrado en una jaula la que lo obliga a buscar un territorio de caza, el Montparnasse. Todas esas circunstancias —afirma— lo llevaron a ser el asesino que hoy en día paga una condena y, de paso, se protege de sí mismo y evita que la sociedad sufra la presencia en su seno de una fiera indomable.

La respuesta de Élise a la autocomprensión de Sam revelada en el relato es la de la exculpación: han sido las circunstancias las que lo han llevado a actuar así; ni siquiera ha sentido placer al matar a esas quince chicas, según él mismo confiesa. Entonces, se puede “explicar” por qué Sam hizo lo que hizo y, con ello, liberarlo de culpa: “Tú no disfrutabas porque satisfacías al otro. Al monstruo. Al que la señora Vartala creía que eras. Al tigre. Al que tú creías que eras. A otro, Sam, ¡a otro!” (p. 218). Lo que sigue es una suerte de inoculación de una nueva identidad para Sam, la del “Sam verdadero”, una identidad que lo haga entrar por primera vez al mundo de los humanos, pero sin la pesada carga de la responsabilidad. Ese “Sam verdadero”, que en el relato que leemos él no ha revelado, es el que quiere tener una madre como Élise; “es un hombre cariñoso y sensible que, para protegerse, ha inventado una fiera que le sirviese de ejemplo”; ese Sam verdadero no tuvo paciencia para encontrar el amor y “a eso se reduce tu culpa. Te faltó confianza, Sam; eso no depende de ti” (p. 218). Es más —dice Élise—, fueron las mujeres que lo rechazaron, sobre todo su madre y la señora Vartala, quienes “te hicieron extraviar el camino que le permite a un niño acceder al estatuto del hombre” (p. 219). Ese verdadero Sam ha de remontarse a su inocencia, a su fragilidad, a su pureza iniciales; ese verdadero Sam no habría matado a quince mujeres ni se pudriría en la cárcel.

Ese es el Sam que quiero que resucites. El Sam con el que quiero hablar, al que quiero ver, al que quiero tratar. El Sam al que espero desde hace dos años cuando entró en la prisión. Devuélveme a ese Sam. Devuélvenoslo. Devuélvetelo (p. 219).

El proceso parece cerrarse aquí: Sam ha aceptado que alguien se interese genuinamente por él; la interesada no es cualquiera, es una madre, figura de la que él jamás disfrutó. Sam se ha dejado conocer y ha permitido que Élise le haga ver que él no es un monstruo, ni un animal, sino un hombre empujado por las circunstancias a violar y asesinar. Sam

entiende la grandeza y la altura de este gesto: ¡procede, nada más y nada menos, que de la madre de una de sus víctimas! Es esa madre la que está dispuesta a amarlo; ante ella expresa por primera vez remordimiento y, por último, es ella la que le dice: “Te perdono, Sam” (p. 220). Después de esas palabras, asistimos a una escena que deja atónitos a los celadores y a nosotros: “de un lado, una visitante que yacía inconsciente en el suelo [desmayada por las emociones experimentadas en la escena crucial del “perdón”]; del otro, un sansón que lloraba a moco tendido gimoteando como un bebé” (p. 220).

Han pasado ocho semanas desde ese último encuentro del perdón. Élise está empacando para irse de Ensisheim cuando llama el abogado de Sam. No hay razones para no creerle a este abogado, cuando afirma que Sam está arrepentido y que “se derrumba con el recuerdo de su violencia, de sus golpes, cuando evoca la mirada aterrorizada de las mujeres, sus gritos, su resistencia. Parece atormentado” (p. 223). Por él sabemos que Sam, “durante el último mes, ha estado escribiendo a todos los familiares de las víctimas para expresar su compasión y arrepentimiento. Una especie de milagro, señora Maurinier. Y ese milagro, según él, se lo debe a usted” (p. 223). El milagro, nos revela el cruce de palabras entre Élise y este personaje, se produjo el día del perdón. Élise le confiesa al abogado que su “objetivo, al hablar con él, consistía en llevarlo a eso: a integrar la humanidad” (p. 224). Pero no estuvo movida por compasión; ella siente orgullo de “lo peor que podría hacerle”: de unirlo a la humanidad, de hacerlo sentir amado y perdonado por una persona a quien él abrió el corazón, para luego abandonarlo. Su recado final para Sam, a modo de herencia, de sentencia, es: “bienvenido al infierno” (p. 224).

## UNA RELECTURA CON RICŒUR

¿Qué armónicos resuenan en el diálogo entre el cuento de Schmitt y la filosofía ricoeuriana? ¿Qué encontramos para pensar, otra vez, el perdón como

una experiencia no solo difícil, como señala Ricœur en *La memoria, la historia, el olvido*, sino paradójica y, como toda experiencia humana, susceptible de perder el rumbo, de confundirse de objetivo hasta desviarse y pervertirse?

En el texto que estamos comentando, la pérdida de rumbo y la inautenticidad del perdón son notables desde el oxímoron mismo que sirve de título: el perdón como venganza, la venganza ejercida mediante una meticulosa estrategia de cercanía, simulación de reconocimiento del valor del otro, otorgamiento del perdón y posterior abandono<sup>3</sup>. Más allá de esta acción, comprensible de cierto modo, pero también criticable por ser un ejercicio de crueldad calculada, el cuento nos sirve de advertencia respecto a las posibilidades de hacer del perdón un “don envenenado”, esa “inquietante deriva del don” que puede ser funesto, “como lo atestigua el doble sentido de la palabra *gift* en las lenguas germánicas: don, por una parte, veneno, por otra” (RICŒUR, 2003, p. 624).

La “altura” del perdón, a la que se refiere Ricœur (2003, p. 603 ss.; ver también: González, 2025), no es sinónimo de superioridad moral de quien perdona, ni ha de leerse como una muestra de poder de quien tiene una ventaja de fuerza física, política, económica o de cualquier otro tipo. Élise tiene un cierto poder de quien no está en la cárcel, pero, sobre todo, tiene el poder de las palabras (“Te recuerdo que estás hablando con una traductora”, le dice al comienzo del relato), el poder de un discurso que seduce a un hombre que, además de tener un desempeño retórico mucho menor, ha mostrado una fragilidad que contrasta con las atrocidades cometidas. Así, en el cuento atestiguamos el poder del lenguaje, capaz de acoger, de sanar, de suscitar relatos, de cambiar la auto percepción del destinatario (Sam), pero también de herir, tergiversar, exculpar, quebrar y despreciar. ¿Acaso este poder envenenado del lenguaje no podría ser

---

<sup>3</sup> Cabe mencionar que entre perdón y venganza puede haber no solo una relación de oposición, como lo muestran Ricœur o Griswold, ya citados. Al respecto, podría ser útil revisar: HALLICH, 2022; HOLIDAY, 2025.

también el poder envenenado de alguna declaración de perdón exhibida en el ámbito cotidiano, escolar y político?

Asimismo, si perdonar contribuye a restituir las posibilidades de acción de quien es perdonado, habría un don envenenado en el hecho de concebir la práctica del perdón ligada a algún tipo de dependencia. En otras palabras, el perdón de Élise estaba calculado sobre la base de que ella se volviera imprescindible en la vida de Sam como su única amiga, su única madre, su única posibilidad de diálogo, su única fuente de afecto, su conexión exclusiva con la humanidad. Propiciar que el perdonado sea un agente capaz de comenzar de nuevo (RICŒUR, 2003, p. 638) implicaría, por el contrario, buscar los medios, las capacitaciones, incluso las instituciones, para que el condenado que ha sido perdonado encuentre cómo ser sujeto capaz (RICŒUR, 2004). Ciertamente, esa responsabilidad no recae en quien perdona; en el relato de Schmitt, por ende, no recae en Élise. Tendríamos que añadir que incluso un perdón que es dado en toda su profundidad, que ha atravesado de la mejor manera su odisea y ha llegado a feliz término termina incompleto, acaso se vuelve un veneno, en determinadas situaciones [los presos de las cárceles, los excombatientes en procesos de paz, los chicos y chicas difíciles de las escuelas, por nombrar algunos ejemplos] cuando se deja solo al perdonado/condenado para que se adueñe de su destino, sin “instituciones justas” ni personas dentro de ellas que se interesen genuinamente por él<sup>4</sup>.

Por otro lado, una de las claves más importantes del pensamiento ricoeuriano sobre el perdón es que con éste una persona le declara a otra: “Vales más que tus actos” (RICŒUR, 2003, p. 642). Como lo hemos mostrado en otro trabajo (PRADA LONDOÑO, 2020), para Ricœur esta declaración no es una exculpación de la responsabilidad, ni incurre en una especie de esquizofrenia en la que el perpetrador no puede reconocerse como autor

---

<sup>4</sup> Las consideraciones de Ricœur sobre el derecho penal y sobre la cárcel, expuestas en “Justicia y venganza” (en *Lo justo 2*) desarrollan esta idea que aquí solo mencionamos (2001, pp. 257-266).

del crimen porque ese criminal del pasado ya no es él, *en ningún sentido*. El perdón se sostiene en una práctica de un sí mismo que se reconoce como agente, capaz de libertad y de imputación. “Fui yo”, dice el perpetrador; “fuiste tú”, reclama la víctima, pero ambos entienden que las identidades personales varían, se reconfiguran constantemente mediante el enriquecimiento de los relatos. Al perdonar, parece que podemos decir: todo lo que eres no se reduce a unos actos, tu valor como persona no se cifra solo en los males cometidos; entiendo que es *posible* que hoy ya no pienses de ese modo y estés arrepentido; *puede ser* que la persona que eres hoy mire retrospectivamente el curso de su vida y afirme con convicción que no actuaría de nuevo de ese modo; espero que la persona que eres hoy y me pide perdón y a la que le reconozco su valor, “más allá de sus actos”, se comprometa a no volver a hacer el mal.

En este punto, coincido con C. Griswold (2007) cuando afirma que, mediante la narración, el victimario es capaz de hacerse comprensible para sí mismo y para los demás, insertando en un contexto tanto lo que ha hecho, como los pasos que ha dado para cambiar su forma de pensar y actuar, incluso hasta llegar al arrepentimiento. En este mismo sentido, la clave dada por la distinción entre mismidad e ipseidad puede ayudar a juzgar en qué sentido una persona que cometió un delito atroz no es *la misma* (en el sentido *ídem*) que ahora, porque evidencia nuevos proyectos, nuevas promesas, compromisos de no repetición. ¿Fue “vales más tus actos” lo que le dijo Élise a Sam al exculparlo de responsabilidad porque no era él el que actuaba, sino ese monstruo que creía que era? ¿En qué sentido el nuevo Sam que finge reconocer Élise restituye la dignidad y las capacidades de imputación, perdón, memoria, habla, narración de Sam?

Creemos o no en que las palabras exculpatorias de Élise son apenas una estrategia y no comprometen lo que ella pensaba y sentía sobre el asesino de su hija, lo cierto es que nos advierten de otra desviación del perdón que Jankélévith denunciaba en 1967: existe la posibilidad de un tipo de perdón falso llamado “excusa intelectual”. Se trata de la racionalización del mal, del intento por comprender que parece excusar el mal.

La excusa no da tiempo al acontecimiento del perdón porque se apresura a concluir, no reconoce la capacidad de imputación del perdonado, sino que más bien lo trata con negligencia (JANKÉLÉVITCH, 2019, p. 19).

No obstante, llama la atención en el relato de Schmitt que no hay coincidencia entre la exculpación (calculada) de las palabras de Élise (“Tú no tropezaste, Sam, ellas te empujaron”) y lo que cuenta el abogado que ha sido la actitud de su defendido. Como si, pese a lo que podría creerse de un criminal de su talante, incluso pese a sus propias palabras que parecen las de un hombre sin remordimiento, que culpa a los demás de su suerte o que la asume como una consecuencia de su condición de tigre, Sam hubiera recuperado (o descubierto) en el encuentro con Élise su capacidad de imputación, que implica la de reconocer el horror causado y pedir perdón. Así, lo que en principio es una desviación del perdón parece rendir frutos insospechados.

Por último, digamos que la estructura narrativa del cuento pone en el centro los encuentros entre Élise y Sam. Eso nos recuerda que el mal y el perdón ocurren en el seno de relaciones intersubjetivas. Con el mal sufrido, la víctima experimenta la pérdida del vínculo humano con su ser querido y también con el mundo social que parece ser apenas un telón de fondo donde se despliega la amargura. Por su parte, quienes infringen violencias y cometen delitos están separados con sus acciones de un vínculo humano respetuoso y considerado y esta separación está en el origen mismo de las motivaciones que los llevan a delinquir. Además, en el castigo (la cárcel, por ejemplo), pasa a un último plano la necesidad de reestablecer vínculos humanos en el que haya posibilidad para los penados de reconocerse como sujetos dignos de estima y respeto.

En el texto es más que evidente que los personajes carecen de vínculos humanos significativos: Élise es una mujer solitaria; aunque cuenta con sus hermanas, mencionadas al comienzo del relato, y tiene los recursos para acudir a ayudas profesionales, ella ha tomado la decisión de aislarse (uno de los efectos del mal sufrido), apenas enterándose meticulosamente de los casos y procesos de las otras catorce madres y asumiendo a las víctimas como

sus hijas, pero siempre en aislamiento. Por su parte, Sam es un hombre solo, con una única visitante y apenas un abogado al que puede pedirle algún favor esporádicamente. Recordemos que nadie se ha interesado por Sam, ni psicólogos, ni abogados, ni psiquiatras ni algún miembro del sistema carcelario; tampoco las personas que intervinieron en su paso por diversas casas de acogida para niños huérfanos; ni siquiera su propia madre.

Ahora bien, ¿en qué medida este perdón calculado y vengativo tuvo efectos inesperados contra el aislamiento? Como mencionamos en una nota al pie, a lo largo de la narración Élise va viviendo una experiencia con un gato callejero, primero de tanteo de cercanía, luego de rechazo y, por último, de preocupación y cuidado. Con ese gato, Minino, Élise experimenta nuevamente un vínculo con el mundo y con ella misma marcado por algo distinto a la apatía: “Élise, conquistada por la ardiente ternura que sostenía entre las manos, se sentó en el suelo, hundió la nariz en el mullido pelaje, sedoso y cálido y, por primera vez en cinco años, se echó a llorar” (SCHMITT, 2018, p. 222). A partir de ahí, parece, Élise ya no piensa en solitario, pues existe un “nosotros” declarado en la frase final del relato, dirigida a su única compañía en los últimos años: “Nos instalamos en París” (SCHMITT, 2018, p. 225, cursivas ajenas al texto). Ahora bien, no hay manera de conjeturar cuál sea el futuro de las relaciones con sus hermanas o con otras personas, cuáles los efectos contra el aislamiento de lo que para ella es el triunfo de su venganza.

En el caso de Sam, no contamos sino con el relato del abogado. Como expusimos atrás, según el abogado cuenta a Élise, Sam da signos de ser consciente del mal cometido, de entender que sus crímenes han afectado a otras personas y experimenta remordimiento por las quince vidas arrebatadas y por el dolor causado a quince familias. Se ha puesto en la tarea de salir de su aislamiento mediante cartas en la que expresa compasión y arrepentimiento ante las familias de sus víctimas. ¿Le transmitió el abogado el mensaje de Élise? ¿Inventó alguna cosa para evitar repetirle esa “bienvenida al infierno” tan dolorosa y, al parecer, tan oscura para ser comprendida en una breve conversación telefónica? ¿Alguna familia

respondió? ¿En qué tono? ¿Hicieron eco los medios de comunicación de estas cartas, toda vez que Sam era un célebre criminal cuyo juicio fue seguido de cerca por la prensa? No lo sabemos, no encontramos nada en el relato que permita lanzar conjeturas plausibles. Sin embargo, me atrevo a señalar que, como en todas las acciones humanas, hay efectos del perdón recibido que pudieron haberse salido del círculo de venganza calculado por Élise.

## CONSIDERACIONES FINALES

Con el relato de Schmitt hemos desarrollado un trabajo de lectura en el que resonaron varios aspectos centrales de la filosofía ricoeuriana del perdón, haciendo hincapié en que este, en su condición de algo *dado gratuitamente*, del orden de lo supraético, sea un don envenenado o se convierta en uno por muchas circunstancias: los contextos en los que se da, la soberbia con la que se concede, la calculada crueldad esperada como resultado, entre otras.

Acaso sea necesario volver a decir lo que —confieso— no deja de sorprenderme de la aproximación ricoeuriana al problema del perdón: es difícil, pero no imposible; acontece en medio de paradojas y en el riesgo de su perversión. Sam fue perdonado; sin embargo, por el nuevo abandono de su única amiga y madre, podría sucumbir a la desesperanza, luego al desconcierto y al convencimiento de que, en efecto, sigue siendo un monstruo. Podría pasar otra cosa muy distinta. Ambas situaciones no se pueden probar con los recursos de la hermenéutica, ni configuran posibilidades argumentativas. De todos modos, este lector que soy después de escribir este texto, sigue considerando el perdón como parte de esas letanías que cantan la grandeza humana de los “a pesar de todo”, que tienen que ser cantadas junto a las jaculatorias por una razón capaz de *phrónesis*, para evitar a toda costa dar o recibir perdones envenenados.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- GONZÁLEZ, D. M. Una interpretación del perdón difícil en Paul Ricœur a partir de la dialéctica entre ágape y justicia. *Revista Latinoamericana de Filosofía*, 51(1), 7-30, 2025, <https://doi.org/10.36446/rlf409>
- GRISWOLD, C. *Forgiveness. A Philosophical Exploration*. Cambridge: Cambridge University, 2007.
- HALLICH, O. The Dark Side of Forgiveness. In SATNE, P. & SCHEITER, K. (Eds.). *Conflict and Resolution: The Ethics of Forgiveness, Revenge, and Punishment*. Cham: Springer, 2022. p. 165-187).
- HOLIDAY, D. A. Forgiveness, revenge and the remaking of moral community. *Holocaust Studies*, p. 1-23, 2025. <https://doi.org/10.1080/17504902.2025.2577525>
- JANKÉLÉVITCH, V. *Le pardon*. París: Flammarion, 2019.
- PRADA LONDOÑO, M. Pensar el perdón con Paul Ricœur. In: CARNEIRO, J.; DE SOUSA, J. & BRAGA DE OLIVEIRA, H. (Eds.). *Hospitalidade hermenêutica na filosofia de Paul Ricœur*. Porto Alegre: Fundação Fenix - Edufpi, 2020. p. 139-152.
- PRADA LONDOÑO, M., & RUIZ SILVA, A. El esquivo perdón. *Praxis & Saber*, 12(30), e12682, 2021. <https://doi.org/10.19053/22160159.v12.n30.2021.12682>
- RICŒUR, P. *Soi-même comme un autre*. París: Seuil, 1990.
- RICŒUR, P. *Le juste 2*. París: Esprit, 2001.
- RICŒUR, P. *La mémoire, l'histoire, l'oubli*. París: Seuil, 2003.
- RICŒUR, P. (2004). *Parcours de la reconnaissance*. París: Stock, 2004.
- SCHMITT, É.-E. La venganza del perdón (Ma. D. Torres París, Trad.). In: *La venganza del perdón*. México: Alianza de Novelas, 2019. p. 165-225.